

FERNÁNDEZ LIRIA, Carlos y ZAHONERO ALEGRE, Luis: *Marx desde cero*, Akal, Madrid, 2018, 336p.

La aparición hace unos años de *El orden de El Capital* había supuesto una primera y compleja aproximación a la propuesta de lectura de *El Capital* que realizan Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero. Se trata de dos filósofos españoles cuya arma interpretativa es centralmente el marxismo, pero no exclusivamente, pues este viene acompañado del republicanismo. Si bien podría afirmarse que de alguna forma se encuentran discutiendo con *La filosofía de El Capital* un texto clásico de Felipe Martínez Marzoa, no cabe duda de que su propuesta supera límites nacionales o fronteras ficticias. Se trata, en el mejor sentido, de una propuesta de lectura de *El Capital* y, por tanto, una forma de encarar los principales dilemas del mundo moderno. Por tanto, afectan tanto los interlocutores como las ausencias.

Es en este contexto de discusión que nos presentan *Marx desde cero*, texto que parece batirse, de nuevo, entre dos frentes: la “teoría económica” convencional y un conjunto de aproximaciones a el marxismo. Así, de un lado se encuentra la exposición de las críticas que hace el paradigma dominante en la “ciencia económica” al planteamiento de Marx. El argumento a pesar de sus variaciones asume que Marx no realiza un planteamiento científico que aporte algo a la “teoría económica”, al menos no desde su “teoría del valor”. Frente a ello, responden que efectivamente, algunas de las aseveraciones de *El Capital* o de las construcciones a partir del libro primero no sólo no son científicas, sino que además se presenta como un error seguir insistiendo en su “vigencia”. Pero no es el único frente abierto de discusión y al menos no es el más importante para el propósito de esta reseña. Demostrar la científicidad ante la comunidad de los economistas puede resultar interesante, pero poco productivo al interior del discurso

---

Recibido: 20/02/2019. Aceptado: 22/02/2019.

marxista, que es sin duda donde la intervención de ambos autores puede generar mayor interés. Reivindicar su valía en tanto discurso crítico sobre la explotación de los seres humanos por los seres humanos mismos resulta más sugerente, sobre todo porque afinan sus baterías para pensar una lectura no dialéctica de Marx. Aquí, es evidente, no hay un solo contrincante, sino un conjunto heterogéneo de proposiciones que en última aparece más bien como una gran concepción.

Esta concepción argumentaría que Marx utilizaría algo así como un gran método, nombrado dialéctico, a partir del cual se construiría la comprensión del horizonte de sentido del texto más importante del filósofo alemán. Nutrido por un comentario grandilocuente de V.I Lenin (nadie ha comprendido a Marx si no ha pasado por la *Ciencia de la lógica*) y por el impulso de restaurar las filosofías de la historia y de la conciencia por George Lukács (y posterior a él la “teoría crítica” y la “filosofía de la praxis”), esta perspectiva ha asumido que en *El Capital* se encuentra, además de la exposición dialéctica, el secreto mismo del “método” que alumbraría la perspectiva de cualquier problemática, pasada, presente o futura.

Podemos preguntarnos entonces ¿qué implica una lectura no dialéctica de *El Capital*? El punto más importante refiere al estatuto que contiene la sección primera con respecto al resto del texto. Se trata, entonces, de reconocer que, entre esa sección y el resto de ellas, no hay una conexión dialéctica, ni metodológica: es decir, de la “teoría del valor” presentada al principio no se deduce el razonamiento que lleva al horizonte de comprensión de la producción de plusvalor. Ello por una razón crucial y es que en la sección primera se elabora la categoría de valor a partir de unas condiciones que no son las que se desarrollan en el capitalismo; la obtención o producción del plusvalor es la invalidación inmediata de esas condiciones.

En breve, la propuesta de lectura asume qué de la sección primera, en donde se coloca el problema del intercambio mercantil como eje de la discursividad, no se deducen las restantes secciones, principalmente las que tienen que ver con el proceso de producción del plusvalor. Es decir, del corazón de la propuesta marxista: el proceso de explotación mediante el dominio del trabajo humano ajeno no es una consecuencia del intercambio de mercancías. Así, desplazan la sección primera como la “más dialéctica” o la fundamental para ingresar a la concepción marxista del capital. Sin embargo, rescatan los apartados a propósito de la mistificación y el fetichismo en un sentido determinado: que a partir de ellos Marx deshace el argumento que ha venido esgrimiendo y permite entender la “prestidigitación” en donde el dinero aparece como el creador de la riqueza.

El argumento que sostienen los filósofos es presentado con detenimiento, sobre la base del trabajo de las diversas ediciones de *El Capital* (particularmente la francesa), a partir de la cual desestiman la centralidad que ha tenido la “teoría laboral del valor” como motivo explicativo y la sección primera (particularmente el capítulo primero) en gran parte de la tradición, particularmente la que ha buscado fomentar el espíritu “dialéctico”. En el conjunto del libro, además, se puede encontrar un detallado recorrido por las distintas secciones, deteniéndose con mucho cuidado en aquellas que explican la producción de plusvalor y la composición técnica de capital. Señalamos entonces, que además de su propuesta interpretativa, *Marx desde cero* es un comentario global del tomo primero.

Hay otra temática que a los fines de esta reseña nos interesa destacar y es la que refiere al conjunto de coordenadas en las que se inserta la propuesta de los autores. No señalado con todas sus letras, podemos intuir que la propuesta de *Marx desde cero* continúa el esfuerzo que Louis Althusser lanzó en su breve opúsculo *Crítica previa a la lectura de El Capital*. Poco trabajado entre la débil tradición althusseriana de nuestros días —más preocupada por Demócrito o Maquiavelo— se trata de uno de los textos más sugerentes para pensar el mecanismo de la “práctica teórica” sobre la obra de Marx. Desde nuestra perspectiva, los filósofos españoles recuperan y llevan a sus últimas consecuencias el planteamiento del francés.

Resulta crucial volver a aquel escrito, pues en él se condensaba por primera vez la posibilidad de abordar el texto de Marx como un argumento no dialéctico (en donde cada uno de sus capítulos contenía y superaba al otro). Por el contrario, Althusser señalaba que *El Capital* era un texto teórico, que debía problematizarse el conjunto de su estructura, apuntalando la interpretación de una unidad ficcional. Es decir, con todo esto señalaba que debía ser pensado como un objeto, el cual debe ser construido a partir de categorías, conceptos y problemas y no sólo aceptar la exposición como algo dado, lineal y finiquitado. En otras palabras, aquel breve opúsculo nos alertaba que debíamos pensar *El Capital* desde la especificidad de la coyuntura.

Así, Althusser recomendaba aplazar hacia el final la lectura de la sección primera y comenzar por la sección segunda, que, desde su apreciación, expresaba prístinamente el sentir de la clase obrera, es decir, su vivencia y experiencia concreta. Es perceptible que esa situación ha cambiado, en una época en donde el capital ya no sólo se despliega a partir de grandes fábricas y el proceso de automatización ha desplazado a la antigua clase trabajadora y colocado en su lugar un amorfo contingente la mayor de las veces precario.

*Marx desde cero* retoma lo mejor del argumento althusseriano y lo coloca en un plano más acorde a la actual coyuntura (después de la guerra fría, la caída del Muro de Berlín, etc.), que, como decíamos arriba, ya no se expresa centralmente en la lucha al interior de la fábrica. Planteado así, aparece una sorpresa que rompe con los esquemas lineales (los que no problematizan el comienzo ni la estructura del texto) y también con las interpretaciones más *standart*, ya sean economicistas o hegelianas, que se siguen popularizando (por ejemplo: “la crítica del valor”). Se trata de una consideración en donde el capítulo XXIV gana centralidad tanto teórica como política.

He aquí lo que, desde nuestro punto de vista, es el elemento más original y crucial tanto en el nivel de lo teórico como de lo político. Hablemos entonces de ambas perspectivas. En el terreno teórico el capítulo XXIV deja de ser un “corolario histórico” (una “ejemplificación”), para convertirse en la exposición más acabada del secreto de la producción y reproducción del capital. En dicho capítulo se encuentra el secreto de todas las formas históricas posteriores, elemento que debe ser producido y reproducido una y otra vez a lo largo de la historia: la separación del productor de sus medios de vida.

A los ojos de Fernández Liria y Alegre Zahonero, ahí se encuentra la “causa ausente” que explica y permite establecer la marca de identidad de las relaciones sociales capitalistas: “*El Capital* (libro I) no concluye con un complemento histórico ni con un complemento geográfico: concluye con la elucidación del secreto más profundo del sistema capitalista” (p. 144). Así, al romper con la posibilidad de gestión comunitaria de los procesos de trabajo se erosiona toda soberanía sobre las formas de producir: el capitalismo no se encuentra en la deducción del intercambio mercantil, sino en la expropiación de la capacidad de ejercicio de la soberanía de los productores. Se separa al producto de los medios de vida, generando una enajenación con respecto a los instrumentos de trabajo, se monopoliza el objeto de trabajo (“materias primas”), pero también se avanza en la centralización del saber y el conocimiento; finalmente para el productor, no queda otra opción que cumplir el deseo del poseedor de dinero, para poder hacerlo con los suyos.

Esta intervención en la teoría tiene otras consecuencias para la política. La primera de ellas es que se asume que las condiciones de igualdad y libertad abonadas por la “Ilustración” no se puede cumplir bajo el capitalismo, de tal manera que se opera una lectura “republicana” de *El Capital*, bajo el entendido de que cumplir dichas condiciones contraviene el proceso de explotación. La autonomía proclamada en la “Ilustración” es negada por

el proceso de expropiación del productor sobre sus medios de vida y sólo al revertir este proceso aquella tendencia civilizatoria podría, efectivamente, realizarse.

Pero, además, se dan pasos para configurar una nueva noción del “anti capitalismo”, aunque esto no sea señalado con estas palabras. Si aceptamos que a diferencia del siglo XX cuestionar el capitalismo no es idéntico a proponer el socialismo, la lectura que presentan los autores posibilita ensanchar la noción de “anti capitalismo” hacia un mirador que coloca en el centro la soberanía de las comunidades sobre el proceso de reproducción de su vida (producción- distribución-consumo). Dejar de entenderlo como un programa o receta establecido a priori y considerarlo más bien como un *efecto* propio de la recuperación o producción de espacios donde los productores vuelvan a tener el control sobre sus medios de vida, sus formas de producir y de circular los objetos del trabajo, para finalmente poder satisfacer sus necesidades. El pensamiento libertario tiene una gran oportunidad de enriquecerse a partir de esta lectura en donde el derecho, la libertad, la igualdad y la producción son reconfiguradas.

A un gran segmento de la tradición marxista, sin embargo, puede que el problema del abandono de la dialéctica resulte más problemático, pues en esta noción han depositado la capacidad revulsiva del marxismo e incluso su potencial explicativo. Es a partir de nociones como “valor de uso”, “trabajo abstracto”, “trabajo vivo”, entre otras, que se han nutrido muy diversas escuelas de pensamiento sobre ese eje “dialéctico”. Avanzada la propuesta de lectura, nos aparecen estas increpaciones como algo accesorio, pues la propuesta de ambos filósofos pone los puntos sobre las íes en otro lugar, que no tiene que ver con una discusión escolástica, ni con una lucha por imponer una interpretación como más fiel a otras, sino que lo importante es que se opera una transformación radical del sentido del marxismo, al que alientan a finalmente abandonar su vocación como filosofía de la historia y pensar sobre el eje articulador de la coyuntura.

No podemos realizar una lectura sin marcar algunos puntos ciegos que el discurso y la propuesta de ambos filósofos a propósito de *El Capital* generan. Si bien señalan que la empresa colonial no es un agregado ni un matiz, sino el secreto mismo del despliegue del capital, no son consecuentes al momento de pluralizar las derivas de esta afirmación. Así pues, convendría dejar de insistir en que del “feudalismo” se transitó al “capitalismo” y señalar el horizonte múltiple en donde la esclavitud, el robo y la expropiación (en lo que hoy llamamos genéricamente África o América) son las condiciones de posibilidad para el “trabajo libre” o “trabajo asalariado” que se

asocia con Europa y por tanto, que esa figura prometeica tan vinculada al marxismo, no es sino una forma, entre otras. La geo-cultura europea no deja de apreciarse como la privilegiada en la escritura de *Marx desde cero*, recordando las posibilidades de diálogo, conexión y complejización que la teoría marxista puede otorgar.

En el caso de quien esto escribe, además, se extraña un diálogo con más frontal con tradiciones latinoamericanas. En tanto que la propuesta de los filósofos españoles para contrastarse con versiones como la “teoría crítica” o más recientemente la “crítica del valor”, numerosas experiencias de lecturas en la periferia del centro capitalista, podrían apuntalar nuevas ideas. Es el caso de las producciones de Franz Hinkelammert en Costa Rica, Guillermo Rochabrúm en Perú, Bolívar Echeverría y Enrique Dussel en México, Osvaldo Fernández en Chile o René Zavaleta en Bolivia tan sólo por mencionar algunas. Particularmente existe una que actualmente se realiza y que se puede asociar con la producción del también boliviano Álvaro García Linera, que podría llevar hacia consecuencias políticas más productivas su planteamiento, pues ha sido él quien ha colocado de nuevo en el centro de discusión las posibilidades de pensar lo comunitario más allá de la mercancía. Políticamente, la teorización de este autor puede entrar en diálogo con las tradiciones republicanas.

Frente a las más o menos lecturas dialécticas que devienen en el pesimismo de la “teoría crítica” como en el inmovilismo político de la “crítica del valor”; estas otras perspectivas, producidas desde las extremidades del cuerpo capitalista, permiten pensar y repensar ya no sólo el texto de Marx, sino sus múltiples efectos. Finalmente, a pesar de estos señalamientos críticos, no se puede dejar de celebrar la aparición de *Marx desde cero*, no sólo como herramienta para acompañar la lectura de *El Capital*, sino como una propuesta acertada para pensar la actual coyuntura, aquella en la que no sobran brújulas. Su aporte, sin duda, puede orientar un caudal de nuevas investigaciones o proposiciones que ayuden a formular una alternativa que supere —y olvide en gran medida— a las del siglo XX.

Jaime Ortega Reyna